

AMOR POR CATALUÑA

Manuel Ángel Vázquez Medel

Catedrático de Literatura en la Universidad de Sevilla y miembro de la Academia de Buenas Letras de Granada

Si tras el título, amable lector, te has adentrado en estas primeras líneas del artículo, debes reconocer que lo has hecho con alguna predisposición (tal vez algún prejuicio), pero sin duda con alguna expectativa. También, en esta época poco dada a la escucha y al diálogo, con la curiosidad de saber si estas palabras coinciden con tu propia orientación hacia el asunto, o están en las antípodas de tus convicciones, valores y criterios. Pero, sobre todo, de tus sentimientos. Es probable, si has llegado hasta aquí, que ya hayas perfilado tu propia orientación hacia el asunto, e incluso te hayas permitido clarificar qué sientes tú por Cataluña. Sentimiento que podría ir desde la indiferencia al amor, o a su pasión contraria, el odio. Son -todos- sentimientos no solo posibles, sino que sin duda están asentados en razones más o menos consistentes. También el odio. Solo que el odio (en este caso y en todos) no tiene, nunca, justificación. Y, además, es la pasión más profundamente anticristiana, ya que Jesús predicó -con su palabra y con su vida- el amor, incluso a los enemigos.

Yo les debo confesar explícitamente -para que ya dejen de conjeturar sobre cuál es mi perspectiva sobre el tema- que amo profundamente a Cataluña desde mi temprana juventud: amo su maravilloso territorio, su espléndida cultura, su hermosa lengua y, sobre todo, al extraordinario pueblo de Cataluña (que también, como toda colectividad, tiene sus antípodas y sus excepciones). Pero reconozco que el amor, con sus motivos, sus razones, y (aquí sí) sus justificaciones, no nos debe hacer perder el equilibrio, la ecuanimidad, la medida, el afán honrado de acercarnos a horizontes de verdad. Y no me gusta nada que habitualmente tengamos que hablar, más que de la “realidad” de Cataluña, del “problema” de Cataluña.

Atribuyen a Aristóteles una luminosa frase, con la que pretendía justificar que su pensamiento se alejara a veces de su maestro: “Soy amigo de Platón, pero soy más amigo de la verdad”. Porque ni siquiera el amor o la amistad nos deben alejar de la vocación de aproximarnos a la realidad.

Viene todo ello a propósito de un extraordinario libro que les recomiendo, sea cual sea su sentimiento, si tienen el honrado deseo de aproximarse a la realidad compleja de Cataluña: *Las lenguas en Cataluña. El debate sobre la inmersión lingüística*, del gran jurista Carlos Carrera Ortiz. Un libro que está presidido por el amor a Cataluña y por el amor a la verdad.

En una época de agitación y de ruido, es una obra realizada desde la serenidad y la calma, que busca, machadianamente, distinguir las voces de los ecos (y más aún, del griterío que nos impide un adecuado discernimiento).

En un momento en que muchos se creen en posesión de la verdad (que nunca, nadie, puede tener plenamente) e imponen sus planteamientos dogmáticos, es una obra abierta a la escucha y al diálogo. Una obra que busca que cada lector pueda crearse una opinión fundada, a partir de datos, de hechos, y no de presuposiciones sesgadas. Para ello recorre el camino que toda investigación debe recorrer: partir del estado de la cuestión, consultar a expertos en el tema, a través de un riguroso sistema de entrevistas, y aportar, a través de unos importantes anexos los principales datos para que el lector pueda discernir.

El autor ha hecho un extraordinario esfuerzo por poner entre paréntesis (como decía Husserl) cualquier sesgo o prejuicio que pudiera seguir esta indagación. Podríamos decir que hay un enfoque de fondo muy fenomenológico, porque son los fenómenos, los datos, los hechos (pero también sus interpretaciones, que terminan influyendo sobre los hechos) los que nos interesan.

Para ello utiliza el método, la “pedagogía” de la pregunta (como quería Paulo Freire): la construcción crítica y conjunta del conocimiento, a través del diálogo, la curiosidad y la formulación de preguntas significativas sobre la realidad.

Desde el principio el autor ha querido dejar muy claro de qué va la obra y cuáles son sus preguntas fundamentales, a partir de constataciones indiscutibles:

“Cuando hay lenguas en contacto en un territorio, sus hablantes respectivos pueden competir por el espacio público, y esa competencia puede originar conflictos. Uno de los espacios de contacto más relevantes es la escuela. ¿En qué lenguas se nos enseña y aprendemos? ¿En qué lenguas nos relacionamos con los compañeros y profesores? Si existe una lengua mayoritaria y otra minoritaria, ¿el bilingüismo permite que ambas pervivan o una acaba sustituyendo a la otra? ¿Es entonces preferible el monolingüismo en la escuela para proteger la lengua más vulnerable? ¿Es este monolingüismo conforme con la Constitución? ¿Favorece una relación amable entre las dos comunidades lingüísticas? ¿O es el bilingüismo asimétrico la solución más aceptable? En los años 80, la Generalitat de Cataluña puso en marcha -y ha venido impulsando desde entonces- la normalización lingüística del catalán en la sociedad y la inmersión en esta lengua en la escuela. ¿Qué consecuencias ha tenido esta política en la convivencia, en el aprendizaje y la Educación? ¿Es posible alcanzar un consenso entre todos en este tema?”.

Carlos Carrera -y yo coincidido plenamente con él- cree que es posible el consenso que lleva a la concordia y no a la discordia. Un consenso basado en el diálogo, cuya fórmula nos ofrece Antonio Machado: "Para dialogar, preguntad primero; después... escuchad".

El autor ha preguntado, ha escuchado, y nos ofrece generosamente muchas y diversas respuestas. También llega a sus conclusiones. Ahora nos corresponde a nosotros, a partir de la lectura de una obra rigurosa y bien documentada, sacar nuestras propias conclusiones.